

Cuentos Matemáticos

73

Tatiana Cociu

Revista de Investigación



Volumen VIII, Número 1, pp. 083-086, ISSN 2174-0410

Recepción: 1 Mar'17; Aceptación: 1 Feb'18

1 de abril de 2018

Resumen

En este número se continúa con la publicación de los relatos premiados en el Primer Concurso de Relatos Cortos Matemáticos “ π -ensa” convocado por el Aula Taller Museo de las Matemáticas “ π -ensa” durante el curso 2015-2016. Este cuento resultó premiado con una mención especial del jurado en la categoría de estudiantes de bachillerato y universidad. Toda la información del concurso puede consultarse en la web del Aula: <http://innovacioneducativa.upm.es/museomatematicas/>.

Palabras Clave: Cuentos con contenido matemático.

Abstract

This issue continues with the publication of the awarded tales in the First Mathematical Short Tales Contest “ π -ensa” organized by the Mathematics Museum Workshop Classroom “ π -ensa” during the 2015-2016 course. This tale awarded a special jury award in the high school and college student category. All information on the contest is available on the website of the Classroom: <http://innovacioneducativa.upm.es/museomatematicas/>.

Keywords: Tales with mathematical content.

Verónica era la persona más rara que había conocido en mi vida.

No era ni alta ni baja, ni rubia ni morena, ni lista ni tonta, ni guapa ni fea; simplemente, del montón. O eso creía yo.

El primer día que la vi me resultó curiosa. Con esos ojos verdes tirando a marrón claro y ese pelo anaranjado con reflejos de un color que no tiene nombre en mi opinión. Llevaba gafas. De pasta. Y un collar. Ponía 73 en las letras más feas que había visto nunca.

Creo que el 73 era su número. Y lo descubrí (bueno, me di cuenta) desde el primer momento: todas y absolutamente todas sus cosas tenían ese número escrito, ya fuera por ella o por alguien más. Incluida la ropa, holgada a veces y otras que la hacía parecer un chorizo embutido.

Me acerqué a ella ese mismo primer día de curso. Estábamos ya en Bachillerato. Era la nueva de la clase que mezclaba letras con ciencias. La nueva de mi clase. En verdad, me

acerqué a ella el primer día porque me veía obligado a sentarme con ella, ya que el tutor así me lo dijo. Estuvimos, al contrario que los demás compañeros, en silencio absoluto durante las seis asignaturas. En el recreo y a la salida se fue sola.

Al día siguiente fue exactamente igual. Pero me fijé en que llevaba una camiseta negra con el número 73 estampado en ella. Qué número tan feo.

Así pasaron los días. Dos trimestres exactos. Sin hablar nada durante las clases (de hecho, creo que escuché su voz no más de diez veces durante el primer y el segundo trimestre, cuando el profesor de turno la hacía hablar). Ni nos mirábamos siquiera. No hablaba con nadie. Nunca.

El primer día del tercer trimestre, el trece de marzo, martes, era su cumpleaños. Lo supe porque el tutor la felicitó. Nadie más lo hizo. ¿Quién iba a felicitarla si no hablaba con la gente?

Ese día decidí hablarla. Demasiada curiosidad como para contener las preguntas un curso entero.

En el recreo dije a mis amigos que iba a estar en la biblioteca porque tenía que hacer los deberes. No me creyeron, pero ni se molestaron en averiguar lo que iba a hacer.

En verdad sí que iba a la biblioteca. Por ella.

Subí las escaleras y abrí la puerta inmediatamente después de que el niño de segundo se fuera al patio.

Supongo que en este instituto nadie estudia en los recreos, o al menos en la biblioteca, porque estaba sola. En las mesas más alejadas de la puerta. Leyendo un libro que se veía grueso desde donde yo estaba. No levantó la vista para mirar a quien entraba.

Me acerqué a su mesa lentamente creyendo que me miraría, pero no lo hizo.

Me senté al lado. Mirándola fijamente. Nada.

- Oye. – dije. Giró la cabeza, impasible. – Verónica, ¿verdad?
- Un poco. – contestó. “Vaya, qué simpática.” Pensé, sarcásticamente.
- ¿Qué lees?

Levantó la tapa del libro y me la enseñó. El Conde de Montecristo. Vaya.

- Es largo.
- Un poco. – repitió la afirmación.
- ¿Te está gustando? – intenté sacar conversación.
- Un poco. – y ya iban tres veces. Mi paciencia se estaba agotando.
- ¿Sabes decir otra cosa además de eso?
- Unas pocas. – por lo menos había cambiado de género y número.
- ¿Qué coño te pasa en la cabeza? – mi intento de ser amable había terminado.

Giró la cabeza y me miró.

Ya me caía mal.

Al día siguiente volví. Así continuamente hasta que pasó todo el trimestre.

La chica que no hablaba con nadie habló conmigo. Todo el tercer trimestre. Al final descubrí que era simpática. A medida que pasaba el tiempo era más abierta. Pero costaba. Y mucho.

Me empezó a gustar. Su manera extraña de pensar. Todo lo que decía me parecía curioso. Y me di cuenta de que "Un poco" era como su muletilla personal. "Personal e intransferible" me dijo ella. Ni personal ni intransferible. La empecé a usar yo poco a poco, como siempre pasa.

Un día de biblioteca salió el tema de si éramos amigos (bueno, en verdad lo saqué yo a posta). Se puso nerviosa. Empezó a temblar. No me contestó. Cambió de tema. Fue el primer y último día que se fue a su casa, creo, después del recreo.

Poco a poco fuimos contándonos cosas.

Ella vivía con su abuelo, como Heidi, pero en la ciudad. Se fue de su casa a los doce años porque no le gustaba que hubiera peleas continuas y que la tomaran todas con ella. Su color favorito era el negro, aunque eso no lo dudé en ningún momento. Sus ojos no eran ni verdes ni marrones claros, eran azules oscuros, pero a una luz determinada parecían verdes. Tenía un diario aunque no escribía nada nunca. Quería ser arquitecta, pero de hospitales.

No le pregunté sobre el número 73 hasta el viernes de la penúltima semana de clases.

Subí a la biblioteca y estaba ahí, como siempre. Leyendo otro libro gordo.

Me acerqué y le hablé. Contento.

- Oye, tengo una duda.
- Dime.
- 73. – dije. Levantó la mirada y la dirigió hacia mí, como siempre hacía cuando un tema le parecía interesante.
- ¿Sí...? – preguntó, sorprendida.
- ¿Por qué en todas las carpetas? – por fin lo decía. Siempre se me olvidaba preguntarla.
- Es el número perfecto, en mi opinión.
- No lo entiendo, señora matemática. – le sonreí.
- El número 73 es el vigesimoprimer número primo. – soltó.
- Ajá.
- Y si lo lees del revés, 37, es el decimosegundo número primo, que si te das cuenta es la lectura al revés de 21.
- Es verdad.
- Si lees 12 al revés de nuevo, da 21: resultado de multiplicar siete por tres.
- No lo veo especial. – dije.
- Yo sí.

- Vale, sigue. – contesté, alucinado.
- Siete al cubo es 343, un número capicúa; se lee igual del derecho que del revés.
- ¿Hay más?
- Por supuesto. – rió. – 73 en sistema binario es 1001001, lo que es un palíndromo y a la vez capicúa. Y por último, en sistema octal, 73 es 111; palíndromo de nuevo.
- Vaya. Nunca lo había pensado.
- Te preguntará por qué lo pongo en todos lados.
- Desde que te vi por primera vez.
- Bien pues. Estamos continuamente diciendo que la perfección no existe, nada ni nadie es perfecto, ni siquiera el círculo, en opinión de algunos. Pero no podrás negarme que tantas coincidencias, que en verdad no lo son, no sean maravillosas ni símbolo de la perfección, ¿verdad? – levantó una ceja.
- Totalmente cierto.

Volvió a posar su mirada en el libro.

Yo me quedé pensando.

- Y además, sus cifras suman diez. – dije de repente.

Levantó la vista, me miró y sonrió.

Y además, sus cifras suman diez.

Sobre la autora:

Nombre: Tatiana Cociu

Correo Electrónico: tatianacociu@yahoo.es

Institución: IES Mariano José de Larra, Madrid, España.